

“EL CURA DEL HOSPITALILLO”

Alberto ECEIZA GOÑI

En la tradicional cena que reúne en torno a las mesas de Amulleta a quienes colaboramos en la confección de esta revista, los “capitostes gordos” de la misma, nos sugirieron que, para esta edición del 92, hablásemos de maestros. Haciendo así, un homenaje a dos personas que dejaron recientemente este valle de lágrimas y se fueron a desanar angelitos por los feudos de San Pedro, allá en los Cielos. Me estoy refiriendo, naturalmente, a doña Dorotea Ayerbe (“La Dote”), y Don Adolfo Velasco (Don Adolfo). Yo conocí a ambos, al uno por haber sido director de las escuelas Viteri, lugar de mis primeros estudios, y a la otra por vecindad, puesto que nací en calle Magdalena, pero... me niego, me niego rotundamente. Y no es que ambos no fueran merecedores de tributo de admiración, respeto y emocionado recuerdo, no. Me niego por que como casi siempre, y también en el recuerdo de nuestros maestros pecamos de pereza, vamos, que llegamos siempre tarde, y como dice Sancho Panza “después de burro muerto...” (dicho esto último, por supuesto, sin ánimo de ofender).

Podríamos escribir sobre “la Dote”, Don Adolfo, Don Clemente (de don Alfredo ya escribí en otro número), de la Señorita Teresa, de Doña Rosa, de “Las Canarias” y de un larguísimo etcétera pero, ¿por qué no escribimos sobre los que aún están aquí con nosotros, sin esperar a que tengan que irse al otro barrio? Y eso es lo que voy a hacer, voy a escribir sobre un vivo, y que nadie malinterprete lo de “vivo”.

En este año noventa y dos, habrá cumplido la edad de jubilación y por tanto, en junio, habrá dado su última clase Don Juan José Durán, “el cura del Hospitalillo” como lo conocimos sus primeros alumnos de las públicas, “el Pater” como lo conocíamos posteriormente en la Escuela Profesional, o “el Curilla” como le denominaban quienes hasta ahora



eran sus alumnos, dicho esto último, también, con el debido respeto y de forma cariñosa.

A Don Juan José desde que cayó en nuestro pueblo le ha tocado bregar con varias generaciones y todas, que yo sepa, guardan un excelente recuerdo de este maestro que enseñaba tanto con su actitud personal en clase, con su entusiasmo y buen humor como con los libros de texto. Yo fui alumno de su primera hornada y recuerdo la primera clase de Don Juan José, un jovencísimo, risueño y dubitativo cura que substituyó por algún tiempo al vinagres de Don Clemente. Recuerdo su entrada en clase, con una amplia sonrisa y saludándonos con un “¡Hola majos...! Ni qué decir tiene, que nos quedamos todos los alumnos de segundo grado de las públicas como viendo globos por



aquel inusual saludo, más que nada por contraste con aquellos “Babiecas” con que nos obsequiaba su antecesor cada dos por tres. Aquel saludo nos hizo comprender que en lo sucesivo las clases iban a ser, por lo menos, más amables, más divertidas y dentro de un ambiente de compañerismo y camaradería entre profesor y alumnos.

En los cerca de diez años largos que pasé con Don Juan José, -enseñanza básica, profesional y profesional nocturna- no recuerdo nunca ningún mal modo para con los alumnos, y he de reconocer que motivos ya le dimos en más de alguna ocasión. Alguna vez, creo recordar, expulsó a alguien de clase momentáneamente, y también, cuando le comíamos la paciencia nos decía “algún día os voy a dar un sopapo, porque... ¡Jonchooo! Aburrís al Santo Job”.

Pero a mi juicio, el legado más importante que nos dejó Don Juan José a sus alumnos fué la dignidad personal. Nos enseñó a creer en la palabra de los demás y a respetar la palabra dada. Esto lo hizo sin sermones ni disertaciones morales, simplemente no dudando jamás de lo que le decíamos, y... ¿saben ustedes lo difícil que resulta engañar a quien sabes que confía plenamente en tí?

Don Juan José Durán ha sido en todos estos años un amigo de sus alumnos, y para nosotros, sus primeros alumnos en aquellos tiempos difíciles, algo más que un educador. Fue confesor, consejero, confidente y sobre todo amigo, con una amistad que ha perdurado a través del tiempo reforzando los lazos de cariño, haciendo que aquellos niños que fueron sus primeros alumnos y que hoy rozan la cincuentena todavía crucen la calle para dar un abrazo emocionado al primer maestro que nos trató con dignidad de personas.

A partir de ahora, “el cura del Hospitalillo” tendrá más tiempo libre para dedicarse a se afición favorita, la natación, el sol y el aire libre, pero los jóvenes renterianos perderán sin duda alguna el mejor forjador de hombres que ha pasado por nuestro pueblo.

Un abrazo cariñoso Don Juan José.

